ΣΟΦÍΑ

REVISTA TEOSÓFICA

SATYAT NÂSTI PÂRO DHARMAH

NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD

La Sociedad Teosófica no es responsable de las opiniones emitidas en los artículos de esta Revista; siéndolo de cada artículo el firmante, y de los no firmados la Dirección.

Carácter Esotérico de los Evangelios.

H. P. B.

(CONTINUACIÓN)

III

NINGUNO puede ser considerado como cristiano, á menos que profese ó se suponga que profese la creencia en Jesús por el bautismo, y en la salvación «por la sangre de Cristo». Para ser considerado como buen cristiano, se tiene como *conditio sine qua non* que mostrar fe en los dogmas expuestos por la Iglesia, y profesarlos; después de esto, se queda en plena libertad para llevar una vida pública y privada, según principios diametralmente opuestos á los expresados en el Sermón de la Montaña. El punto principal y lo que se le pide á uno, es que tenga — ó *pretenda tener* — una fe ciega y reverencial en las enseñanzas eclesiásticas de su iglesia especial. *La fe es la llave de la cristianidad*» — dice Chancer — y el castigo de la falta de ella está prescrito tan claramente como lo permite el lenguaje en el Evangelio de San Marcos, cap. XVI, ver. 16: «El que creyere y fuere bautizado, será salvo; mas el que no creyere, será condenado».

Muy poco se inquieta la Iglesia de que hayan quedado infructuosas las cuidadosas indagaciones que se han hecho durante los últimos siglos

en los textos más antiguos, con el fin de encontrar dichas palabras; ni de que la reciente revisión de la *Biblia* haya producido entre los sabios indagadores amantes de la verdad, empleados en esta tarea, la convicción unánime de que no era posible encontrar esta frase tan anticristiana, excepto en los textos más modernos y más fraudulentos.

Los buenos cristianos habían asimilado las palabras consoladoras, las cuales habían llegado á ser la quinta esencia de sus almas caritativas. El privar estos vasos elegidos del Dios de Israel de la esperanza de la condenación eterna para todos menos ellos, equivalía á quitarles la vida misma. Asustáronse los revisadores amantes de la verdad, y llenos del temor de Dios, dejaron el pasaje falsificado (interpolación de once versículos, desde el noveno hasta el vigésimo), y satisficieron su conciencia con una nota de carácter muy equívoco, nota que adornaría la obra y honraría las facultades diplomáticas de los jesuítas más astutos. Esta nota informa al creyente que:

Los dos manuscritos griegos más antiguos y algunas otras autoridades *omiten* desde el versículo 9 hasta el fin. Algunas autoridades tienen un final diferente en este Evangelio (1)

y no explica más.

Pero los dos manuscritos griegos más antiguos omiten dichos versículos *nolens volens*, como que éstos no han existido *nunca*; y los revisadores eruditos y amantes de la verdad, lo saben mucho mejor que nosotros; sin embargo, la perniciosa falsedad se imprime en el centro mismo de la teología protestante, y se permite que contemple con mirada feroz á las futuras generaciones de estudiantes de teología, y por tanto, á sus feligreses futuros. Ni son engañados, ni pueden serlo, y sin embargo, *pretenden* creer en la autenticidad de las crueles palabras dignas de un *Satanás Teológico*. Y este Moloc-Satanás es su propio *Dios de infinita misericordia y justicia* en el cielo, y el símbolo encarnado del amor y de la caridad en la tierra-mezclados en uno.

¡Misteriosos en verdad son vuestros medios paradógicos, oh, Iglesias de Cristo!

No es mi intención repetir aquí argumentos muy usados y *exposiciones* lógicas del plan teológico entero; pues todo esto se ha hecho ya repetidas

(1) Véase el Evangelio según San Marcos en la edición revisada, impresa para las Universidades de Oxford y Cambridge, 1881.

veces, y muy eficazmente por los más hábiles «infieles» de Inglaterra y de América. Pero puedo repetir brevemente una profecía que es un resultado evidente del presente estado de la mente del hombre de la cristiandad. La creencia en la *Biblia literalmente*, y en un Cristo *antropomorfizado*, no durará un cuarto de siglo más. Las iglesias tendrán que abandonar sus queridos dogmas, ó el siglo xx verá la decadencia y la ruina de toda la cristianidad, y aun la desaparición de la creencia en un Christos como puro Espíritu. Se ha llegado á censurar aun el nombre cristianismo, y el cristianismo teológico tiene que perecer para *no volver jamás á resucitar* en su presente forma. Esto en sí mismo, sería la más feliz de todas las soluciones, á no ser por lo peligroso de la reacción natural que ha de seguir: el materialismo craso será la consecuencia y el resultado de siglos de fe ciega, á menos que los viejos ideales que se van perdiendo, sean reemplazados por otros ideales inatacables por ser *universales* y edificados en la roca de las verdades eternas, en lugar de la arena movediza de la fantasía humana. La pura inmaterialidad tiene que reemplazar al fin al terrible antropomorfismo de los ideales que hay en los conceptos de nuestros dogmatistas modernos. De otro modo, ¿por qué han de pretender alguna superioridad los dogmas cristianos, que son la copia perfecta de los que pertenecen á otras religiones exotéricas y paganas? Todas estas fueron edificadas sobre los mismos símbolos astronómicos y fisiológicos (ó fálicos). Se puede buscar astrológicamente el origen de todos los dogmas religiosos del mundo, y encontrarlo en los signos del Zodiaco y en el Sol. Y mientras la ciencia de la simbología comparativa ó cualquiera teología no tenga más que dos claves para explicar los misterios de los dogmas religiosos — y estas claves, no siendo muy parcialmente comprendidas — ¿cómo es posible trazar una línea divisoria ó hallar alguna diferencia entre las religiones, v. g. entre las de Chrishna y la de Cristo; entre la salvación por la sangre del «primitivo varón «primogénito» de la primera, y la salvación por la sangre del «*Hijo unigénito*» de la segunda, siendo ésta muchísimo menos antigua?

Estudiad los *Vedas*; leed aún las obras superficiales, y á menudo desfiguradas de nuestros grandes orientalistas, y meditad en lo que habéis aprendido. Ved los Brahmanes, los Hierofantes egipcios y los Magos caldeos, enseñando varios millares de años antes de nuestra Era que los dioses mismos habían sido tan sólo mortales (en previos nacimientos) hasta que ganaron su inmortalidad *ofreciendo su sangre á su Dios Supremo*

ó jefe. El *Libro de los Muertos* enseña que el mortal «venía á ser uno con los Dioses por medio de la circulacion de una vida común en la sangre común de ambos». Los mortales sacrificaban á los dioses la sangre de sus primogénitos. En su *Hinduism*, pág. 35, el profesor Monier Williams, traduciendo del *Jaitiriya Brahmana*, dice: «Por medio del sacrificio los dioses alcanzaron el cielo.» Y en el *Tandya Brahmana*: «El Señor de las criaturas se ofreció en sacrificio á los dioses»... Y también en el *Satapa tha Brahmana:* «El que sabiendo esto sacrifica con el *Purusha-madha* ó el sacrificio del varón primitivo, llega á ser todo.»

Siempre que oigo discutir los ritos védicos y llamarlos «asquerosos sacrificios humanos» y canibalismo *(Sic)*, me siento inclinada á preguntar en qué está la diferencia. Sin embargo, hay una; pues mientras los cristianos están obligados á aceptar literalmente el drama alegórico (aunque altamente filosófico cuando se comprende) de la Crucifixión en el *Nuevo Testamento*, como el de Abraham é Isaac (1). el Brahmanismo — al menos sus escuelas filosóficas — enseña á sus secuaces que este sacrificio *(pagano)* del «varón primitivo» es un símbolo puramente alegórico y filosófico. Leídos en el significado de su letra muerta, los cuatro Evangelios son simplemente versiones ligeramente alteradas de lo que la Iglesia declara ser plagios satánicos (por anticipación) de los dogmas cristianos en las religiones paganas. El materialismo tiene razón en encontrar en todos el mismo culto sensual y los mismos mitos solares que en cualquiera otra parte. Plenamente justificado está el profesor Goly (*Man before Metals*, págs. 189-190) — si analizamos y criticamos superficialmente lo que dice — en encontrar en la *Swastika* la *crux ansata* y la *cruz* pura y sencilla, meros símbolos sexuales. Viendo que «el padre del fuego sagrado (en la India) llevaba el nombre de Twashtri, es decir, el carpintero divino que hizo la Swastika y el *Pramantha*, cuya fricción produjo el divino niño *Agni* (en latín Ignis); que su madre se llamaba *Maya*, y que al niño se le llamó *Akta* (*ungido* ó *Christos*) después que los sacerdotes hubieron derramado sobre su cabeza el *soma* espirituoso, y sobre su cuerpo manteca purificada por el sacrificio»; viendo todo esto, tiene pleno derecho para observar que:

---

(1) Véase *The Soldier's Daugter*, *Lucifer*, vol. I, núm. 6, por Rev. T. G. Headley, y observad la protesta enérgica de este *verdadero* cristiano contra la aceptación *literal* en la Iglesia de Inglaterra, de los sacrificios de sangre, expiación por la sangre, etc. La reacción empieza: otra *señal de los tiempos*.

La gran semejanza que existe entre ciertas ceremonias del culto de *Agni* y ciertos ritos de la religión católica, puede explicarse por su común origen. *Agni* en la condición de *Akta* ó ungido, hace alusión á Cristo; *Maya*, María, su madre; *Twashtri*, San José, el carpintero de la *Biblia*.

¿Ha explicado algo el profesor de la Facultad de Ciencias de Tolosa con llamar la atención hacia lo que cualquiera puede ver? No, por cierto. Pero sí en su ignorancia de la significación esotérica de la referida alegoría, no ha añadido nada á los conocimientos humanos, por otra parte ha destruído en sus discípulos la fe en el «origen *divino*» del Cristianismo y de su Iglesia, y ayudado á aumentar el número de materialistas, porque á buen seguro, ninguno, una vez que se dedica á tales estudios comparativos, puede considerar la religión del Occidente de otro modo que como una copia pálida y débil de filosofías más antiguas y más nobles.

El origen de todas las religiones — incluso el Judeo-Cristianismo — se encuentra en unas cuantas verdades primitivas, de las cuales ni una sola puede explicarse aparte de las demás, como que cada una es el complemento de las otras en algún detalle, y todas son, más ó menos, rayos troncos del mismo Sol de Verdad, y sus orígenes han de buscarse en los registros arcaicos de la Religión de la Sabiduría, sin la luz de la cual los más grandes sabios no pueden ver más que los esqueletos de dichas verdades, disfrazadas con la máscara de la fantasía, y basadas por la mayor parte en los personificados signos del Zodiaco.

(Se concluirá.)

GÉNESIS

(CONTINUACIÓN)

Lo que no se ve con tanta facilidad, es que para que resulte el tricontaedro, es preciso que las aristas del dodecaedro y del icosaedro copulados, tengan por dimensiones respectivas las del lado del pentágono regular y su diagonal.

Lo que es todavía más difícil de ver, es la relación estrechísima que existe entre la música y el tricontaedro, porque la relación de 15 á 16 de ciertas notas, es la de 30 á 32, ó sea la de las vibraciones de los 30 átomos

colocados en el centro de cada rombo del tricontaedro, con la de las vibraciones de los 32 átomos colocados en los vértices de dicho poliedro.

Esta relación es la que yo instintivamente, ó por intuición que yo mismo no me explico, adiviné en mi primer libro cuando empecé á sondear estas profundidades de la geometría, cuya enseñanza más importante es la de establecer con absoluta seguridad, los primeros términos de la serie de las formas superiores, de este modo:

Tetraedro, cubo, dodecaedro, tricontaedro... hasta el *hombre*. Para averiguar cuáles son las figuras siguientes, podemos seguir varios caminos.

Uno de ellos, por ejemplo, teniendo en cuenta que las 6 aristas del tetraedro se transforman en las 6 caras del cubo; y que las 12 aristas del cubo se transforman en las 12 caras del dodecaedro; y que las 30 aristas del dodecaedro se transforman en las 30 caras del tricontaedro, deduciremos que las 60 aristas del tricontaedro se transformarán en 60 caras, y que, por lo tanto, la figura inmediatamente superior al tricontaedro es un poliedro de 60 caras.

Otro camino. Si pasamos un plano convenientemente inclinado por cada una de las aristas de un tetraedro, y obtenemos el cubo; si pasamos de un modo análogo un plano por cada una de las 12 aristas del cubo, y obtenemos el dodecaedro; y si pasando un plano por cada una de las aristas de un dodecaedro obtenemos la forma superior del tricontaedro, es de creer que obtengamos la forma siguiente, pasando por cada una de las 60 aristas del tricontaedro un plano probablemente perpendicular al formado por la arista y el centro del poliedro. Si esta inducción es correcta, las caras de dicho poliedro son cuadrangulares irregulares, ó mejor dicho, de una clase de regularidad que no sabemos apreciar, y que consiste en la unión de dos triángulos isósceles diferentes por una base común, tres á tres en unos vértices, cuatro á cuatro en otros y cinco á cinco en otros.

Es curiosa la circunstancia de que formando las diagonales de cada cara el signo de la cruz †, un sistema de 60 cruces puestas en contacto con regularidad, forma el poliedro de que se trata.

Puesto que dentro de los 4 átomos de un tetraedro regular pueden colocarse en posición de perfecto equilibrio los 6 de un octaedro, los 8 de un cubo, los 12 de un icosaedro y los 20 de un dodecaedro, y que dentro de cada una de estas formas parciales poliédricas pueden colocarse innumerables combinaciones de formas de extraordinaria complejidad, es in-

dudable que el tetraedro regular puede ser la envoltura ó cubierta de todas las referidas complejísimas formas colocadas en posición de perfecto equilibrio respecto de los 4 vértices y del centro.

Dedúcese de aquí una consecuencia muy importante, á saber: que si copulamos 5 tetraedros iguales, conteniendo dentro de sí á uno de los otros 4 poliedros regulares, resultará un pentatetraedro como forma exterior envolvente, y como forma interior envuelta una combinación equilibrada de 5 octaedros, ó de 5 cubos (formas ya descubiertas por mí) ó de 5 icosaedros ó de 5 dodecaedros, formas que desconozco, pero que es fácil definir con precisión.

También se deduce que si hay un pentatetraedro dextrorsum y un pentatetraedro sinistrorsum, y una década combinación de ambos, habrá, sin género alguno de duda, una combinación dextrorsum de 5 octaedros, y otra combinación sinistrorsum de otros 5 octaedros, y una década de 10 octaedros, resultado de la copulación de ambas; y de la propia suerte habrá otra década de cubos, otra década de icosaedros y otra década de dodecaedros, cada una de las cuales resulta de la copulación de dos combinaciones de 5 unidades, una dextrorsum y otra sinistrorsum, ó lo que es lo mismo, de una forma macho con una forma hembra, y habrá en el feto humano una década complejísima resultado de la copulación del pentatetraedro dextrorsum engendrador de la mano derecha, con el pentatetraedro sinistrorsum engendrador de la mano izquierda, y otro tanto podremos decir de las demás partes del cuerpo y de su conjunto.

Si dentro de cada tetraedro colocamos en vez de un solo poliedro regular, una combinación de poliedros tan complicada como queramos, y aun una combinación distinta dentro de cada uno de los tetraedros que vamos á copular, nos resultará en cada caso un pentatetraedro dextrorsum, como forma envolvente, y dentro una forma complejísima; otro pentatetraedro sinistrorsum como forma exterior envolvente, y dentro una forma complejísima también y conjugada de la anterior; y por último resultará una década pitagórica como forma específica envolvente, y dentro el embrión de una cualquiera de las especies, minerales, vegetales, animales y humanas posibles.

El procedimiento geométrico de la generación puede ser siempre el mismo, á saber: la copulación de un pentatetraedro macho con un pentatetraedro hembra, para formar una década pitagórica, forma neutra hermafrodita que contiene las dos sexualidades en equilibrio, pero en cada

caso variar hasta lo infinito la complejidad geométrica de las formas contenidas dentro de cada uno de los 10 tetraedros componentes, siendo, por supuesto, todas estas formas parciales y totales *unos* pitagóricos, combinaciones únicas, unidades de las respectivas clases de cantidad, esto es, perfecciones absolutas, términos de la serie matemática del progreso indefinido, anillos de la serpiente ouroboros de los gnósticos.

CONCLUSIÓN

La serie matemática de las formas está dividida en dos partes simétricas: el mundo inextenso, invisible, de las ideas, y el mundo extenso, visible, de las cosas. Cada término de la serie, cada idea del mundo invisible, se corresponde con otro del mundo visible.

Las ideas y las cosas son formas conjugadas, cuyo parentesco matemático podemos significar, aunque muy imperfectamente, diciendo que las ideas son algo así como los logaritmos de las cosas; que la creación es operación de unas matemáticas verdaderamente sublimes que no conocemos, y que EL PRIMER UNO, el Dios de los pitagóricos, visto con espíritu científico ajeno á toda pasión y á toda irreverencia, es la tabla de todos los logaritmos posibles, la integral de todas las integrales, lo racional matemático, contenido en el centro del átomo central del universo, cuyas ondulaciones son el instrumento de la eterna creación y conservación del mundo visible, porque establecen la comunicación incesante entre el centro y cada uno de los puntos de la esfera, como si el universo fuese el *aura* de Dios.

¿Cómo y de qué clase son estas ondulaciones? Quizá no lo sepamos nunca; pero el estudio de los fenómenos de telepatia ó transmisión del pensamiento á distancia, puede ser útil para este propósito.

Erratas. — Página 247, línea 5.ª, dice hexaedro romboidal y debe decir hexaedro *triangular*.

Omisión. — Pág. 246. Antes de la última línea debe decir:

«Sean el lado de un triángulo equilátero y la longitud doble de la perpendicular bajada á dicho lado desde el vértice opuesto.»

Arturo SORIA y MATA.



NUESTROS ANTECESORES TEOSÓFICOS MAS INMEDIATOS

LA ORDEN DE LOS CABALLEROS Y HERMANOS DE LA LUZ.

(CONTINUACIÓN)

Además del Rey y del Príncipe Heredero de Prusia, el Landgraf Carlos de Hesse tenía el cargo de Superintendente Jefe de la Orden; el Duque Fernando de Brunswick era también miembro de la misma, así como von Bischofwerder Königl, General y Ministro de la Guerra de Federico Guillermo II; este último era también celoso partidario de los Rosacruces y miembro de la «Observancia Estricta»; por otra parte, lo mismo que el Príncipe Carlos de Hesse, era amigo personal del Conde de Saint Germain. Tampoco debemos omitir el nombre de C. N. von Schröder, personaje de alta posición y responsabilidad en la corte de Berlín, como Königlich Preussicher Hauptmann, siendo también miembro de la «Observancia Estricta», y un celosísimo estudiante. El más joven de los Hans Karl Ecker von Eckhofen, trabajaba, como su hermano, del modo más activo en esta obra, pero como su principal ocupación era en otra Sociedad, los «Caballeros de Asia», daremos los detalles de su vida en otra sección.

Muchos escritores pretenden que estas dos sociedades eran idénticas, pero no era así, y no existe fundamento alguno para tal aserto, sino simplemente el hecho de que muchos de los miembros de una sociedad pertenecían también á la otra.

Ambos barones Ecker von Eckhofen, habían sido Consejeros en la corte del Príncipe Hohenlohe-Waldeburg, y habían desempeñado varios cargos públicos de responsabilidad.

Tales eran algunos de los miembros de los Fratres en Berlín. Sus ramificaciones se extendían á diferentes puntos, pero nunca llegó á ser un movimiento «popular», pues las condiciones eran muy difíciles como veremos. Tratemos ahora del manuscrito de Wilihorski (1), del que sólo podemos dar un sucinto compendio. Su título es:

(1) Este nombre es escrito algunas veces Wieligorsky.

«MANUSCRITO DE LOS HERMANOS DE LA LUZ.

»El sistema de la Sabia, Poderosa y reverenciada Orden de los Caballeros y Hermanos de la Luz. Á los Siete Santos Padres, Cabezas de las Siete Iglesias de Asia, salud, dicha y paz en el Santo Número!

PARTE I. SECCIÓN I.

Sección I.

»En mi opinión, la paz, así interna como externa, depende en todas las sociedades de su orden exterior é interior, y por tanto, son necesarias ciertas leyes que surtan estos efectos y los mantengan en una actividad regularizada.

Por esta razón ordenamos:

Sección II.

Que toda la Orden de los Caballeros y Hermanos de la Luz se divida en cinco Secciones y en otros tantos grados, del modo siguiente:

(a) Caballero. — Novicio........ 3.er año.
(b) Caballero. — Novicio........ 5.° año.
(C) Caballero. — Novicio........ 7.° año.
(d) Levita.
(e) Sacerdote.»

Después de esta división en grados, el escritor pasa á decir que cada uno de estos grados debe ser llamado un «capítulo», que difiere según el grado, por ejemplo: el «Capítulo de los Caballeros Novicios del 3.er año», con sus subdivisiones; el «Capítulo de los Levitas», en el mismo orden y con arreglo á su grado.

Sección II.

Esta Sección contiene «la fundación perfecta de los Capítulos, y la de su división en Europa de conformidad con sus diferencias, fuerza, poder, importancia, orden, fecha, etc.»

Las cláusulas que siguen contienen un esmerado arreglo de los números, esto es: cada Provincia debía tener solamente ciertos números. «El número de los Novicios del 3.er año debe ser 5 veces 27 ó 135; el número de los Novicios del 5.° año, 4 veces 27, y así sucesivamente. Pero cuando el «Capítulo» está arreglado, se forma un círculo mucho más limitado. Así vemos que no se permite que haya más de 19 á la vez, y es de suponer que los «Novicios» tengan que esperar hasta que ocurren vacantes, pues en la Sección VI se habla de ciertos aventajados «Novicios del 3.er año» que tienen que aguardar y «estudiar solamente la teórica de la física.» Todos los diversos «Capítulos» y el cuerpo de toda la Orden, dependían del «Capítulo Jefe», conocido de los Caballeros con el nombre de «Capítulo Protector de Europa.»

Sección III.

Esta trata de las reglas para las votaciones en la elección de cargos; son interesantes, porque demuestran los métodos conservadores adoptados por esta Orden. Primeramente se determina que ningún Novicio de ninguno de los tres grados puede «tener puesto, ni voto en asunto alguno». De modo que hasta que no habían transcurrido los quince años de prueba, ningún miembro podía tener voto en la organización; regla sabia y prudentísima que se parece mucho á la Escuela Pitagórica con sus cinco años de silencio. En el cuarto grado, el de los Levitas, leemos: «Ningún Levita puede por sí solo tener un puesto ni emitir un voto, sino que todos los Levitas de un Capítulo tienen juntos un solo voto.» En el quinto grado se permite más poder: «Cada sacerdote puede tener un puesto y emitir un voto en el «Capítulo» en que se encuentre, ya sea el de los Novicios, el de los Levitas ó el suyo.»

Sección IV.

Esta Sección expone la forma en que han de efectuarse las elecciones; decreta que «el edificio donde los Caballeros y Hermanos se reunan, debe ser espacioso, suficientemente aislado y á propósito al objeto, esto es, deberá tener, por lo menos, cuatro habitaciones, de las cuales una debía servir de antecámara.» Luego siguen las instrucciones para el mueblaje, que debe ser minuciosamente simbólico en sus dibujos y colores. «Las

paredes deben estar cubiertas de tela encarnada con listas verdes en los extremos; en cada pared deben colocarse siete candelabros con tres velas cada uno;» y en mitad de la cámara debe haber un candelabro de iglesia con «siete velas doradas»; el arreglo del altar es de lo más esmerado, con sus escalones de números místicos y cortinas que lo cubren.

Las elecciones deben verificarse á las siete y no más tarde; en esta ceremonia los Novicios tienen que permanecer en la cámara exterior con las espadas desnudas, actuando de guardias de las cámaras interiores. En todas ellas existe un arreglo majestuoso y digno. Luego, después del ritual de apertura, viene una ceremonia que causa impresión. El Administrador Provincial, después de agitar siete veces la campanilla, pronunció el siguiente discurso: «Nuestra reunión, reverendos y poderosos Hermanos, tiene por causa un asunto muy serio, que os ha sido explicado. Vuestra elección ha de cubrir el puesto de un poderoso y reverendo Hermano, el cual, como cabeza de nuestra Provincia, pueda cuidar debidamente de ella y del total de nuestra Sublime Orden en general. Tratad, pues, de hacer vuestra elección de modo que podáis sin temor alguno rendir cuenta al Ser Supremo Infinito.» Después de esta advertencia viene la votación, que se verifica del modo más digno y solemne; concluída ésta, el Caballero nuevamente elegido es instalado y recibe su «birrete y traje». Luego sigue un oficio; el nuevo elegido se arrodilla en el altar, mientras que el Canciller lee el salmo: «¿Por qué se permiten los paganos enfurecerse y las gentes decir cosas vanas? ¡Los Reyes de la tierra se rebelan, y los gobernantes conspiran contra Dios (contra) su santo Soberano! Rompamos sus lazos y desprendámonos de sus cadenas. Pero Dios vive en los cielos y sobre nosotros; El les habla iracundo y los aterrorizará con su cólera. Pero yo he colocado á mi Padre Celestial en el Monte de Sion. Yo proclamaré lo que Dios me ha comunicado. Tú eres mi Hijo, yo te he dado vida. ¡Rómpelos con un cetro de hierro, hazlos pedazos como á vasija de barro! Os mostraré al Señor y os daré jueces en la tierra. Servid á Dios con temor, y gozad temblando. Besad al Hijo y no perezcáis en el camino, pues su cólera prontamente se enciende, pero gran bien será para aquellos que confíen en El.»

Después de esta oración, el Canciller-Asesor y el Caballero portador de la Espada descubren la cabeza y el pecho del nuevo elegido, y después de otros rituales, el Administrador Provincial hace las siguientes preguntas:

—Reverendo Hermano, ¿prometéis creer hasta el fin de vuestra vida en el buen Autor de todas las criaturas?

—Reverendo Hermano, ¿prometéis cumplir con toda verdad los estatutos de la Orden de los Caballeros y Hermanos de la Luz, no tratar jamás de reducirlos ni cambiarlos, y de acuerdo con estas leyes conceder sus derechos á cada cual y no abandonarlos jamás?

—Lo prometo.

—¿Promete el Reverendo Hermano amar á los Caballeros y Hermanos de la Luz más que á sí mismo, á todos los miembros compañeros como á sí mismo, y hacer á todos los servicios que de él puedan esperarse?

—Lo prometo.

Después de estas palabras se pronuncian votos; «el Canciller toma una copa de oro en donde se guarda el aceite del Sacerdote, y unge la corona de la cabeza del nuevo elegido con arreglo al modelo de dos pedazos de un árbol, doblados en forma de cruz, con las palabras: 'Dios lo escoge como jefe de sus elegidos' (ungiendo la mano izquierda y el pecho); 'David dijo al Filisteo: me amenazas con tu espada, tu lanza y tu escudo, pero yo me aproximo á ti en el nombre del Señor, el Dios de Israel, á quien tú has oído' (ungiendo la mano derecha). Después de esto se le reviste de las vestiduras de su cargo, el Canciller le pone el birrete en la cabeza, diciéndole lo que sigue:

«El que es el Sacerdote Jefe entre sus hermanos, en cuya cabeza se ha vertido el santo crisma, y cuya mano ha sido tocada, se revestirá de este hábito sacerdotal, y no descubrirá su cabeza ni desgarrará su vestidura.»

Hácense otras exhortaciones al nuevo Caballero sobre la grave responsabilidad que su nuevo cargo le impone, terminando con la oración: «Los que tienen oídos para oir, oigan lo que el Espíritu dice á la Iglesia; el que venza tendrá el primer árbol de vida en el paraíso de Dios. Y el ángel de la Iglesia debe escribir: Este es el primero y el último que morirá y vivirá de nuevo; á aquel que venza le daré el maná oculto, y le daré un buen certificado, y este certificado sólo el que lo tiene lo conocerá. El rayo se elevará del Altar y también el trueno y la Voz; y siete candeleros estarán ante el Altar que representan los siete Espíritus de Dios..... ¡Que Dios os bendiga y os guarde! ¡Que Dios os instruya y os conceda su gracia! ¡Que Dios vuelva su faz y os conceda la dicha!»

ISABEL COOPER-OAKLEY.

(Se continuará).

LAS AGUAS DE RENUNCIACIÓN

Era de noche, y la clara bóveda celeste hallábase engalanada con miriadas de brillantes estrellas. Fresco era el ambiente y tranquilo; la calma de la Naturaleza apaciguaba el tumulto de las insignificantes preocupaciones de la vida. Contemplaba las estrellas, y su puro resplandor penetraba en mi alma, causando en ella una serenidad profunda.

Creció el silencio y con él la paz de mi espíritu, y ¡oh! en el silencio percibí el murmullo de mil voces que no eran terrestres, voces quedas é indefinidas, pero musicales como el susurro de las aguas en una tarde de verano, En dulces cadencias se elevaban y descendían, y su exquisita armonía me llenaba del goce más puro. Repentinamente cesaron: luego las oí muy cerca de mí, pero no ya como murmullo indefinible. No eran semejantes á voces humanas, porque las palabras casi no eran articuladas; parecía como si pertenecieran á la Naturaleza, pues en ellas me parecía distinguir el crujido de las hojas, el suave murmullo del arroyo, el trinar de los pájaros, y por último, lo más dulce de todo: me parecía que podía *oir* el crecer de las flores; por todas partes la manifestación de la belleza.

De nuevo cesaron las voces, y oí tan sólo una seguida de argentina risa. Después sentí suavísimo roce en mi frente, y ¡oh! volví á oir aquella melíflua voz de la Naturaleza; pero de ésta vez la entendía.

— Este mortal puede oir y comprendernos ahora — dijo la voz; y otra vez onduló en el aire la metálica risa.

— Pero no puede ver — dijo otra.

— ¿Le permitiremos que vea? — preguntó la primera.

— ¡Sí, sí, sí! — exclamaron las demás.

De nuevo sentí el contacto en mi frente.

— ¡Oh, mortal! — dijo la voz; — tus ojos están abiertos.

Miré á mi alrededor y nada ví sino verdura. El cielo estaba claro y las estrellas resplandecían, pero había algo que diferenciaba la escena de las que me eran familiares; algo que hacía que todo asumiera una hermosura misteriosa que no era de la tierra. En lo alto de un árbol un ruiseñor de-

rramaba un torrente de arrobadora melodía; pero por ninguna parte podía distinguir de dónde provenían aquellas voces. Confundido y perplejo preguntéme si estaría soñando, mas entonces ví que lo que me rodeaba era diferente de todo lo que yo conocía. Vagamente empecé á discurrir cómo podía ser esto, cuando de nuevo la argentina risa resonó en torno mío en alegres carcajadas.

— ¡Cuán ciego está! — exclamó una voz cerca de mí; y mirando en esta dirección, ví una forma como de sílfide, pero tan insubstancial, que me había pasado inadvertida en mi primer precipitado examen. Era una forma humana, pero pequeña, esbelta, bien proporcionada y de una exquisita hermosura. Sobre la cabeza llevaba una corona de flores entrelazada con el abundoso cabello. Miré alrededor, y en todas partes percibí estas formas aéreas, tan delicadamente contorneadas y hermosísimas. Todas me contemplaban con miradas ansiosas y alegres que parecían gozar extremadamente con mi sorpresa.

— ¡Nos ve, nos ve! — exclamaron; — y otra vez resonó ruidosa y clara la alegre risa.

— ¿Y qué vamos á hacer con este osado mortal que se ha atrevido á invadir nuestros dominios? — preguntó la primera que había hablado.

— ¿Hacer con él! — exclamaron las demás. — Hagámosle volver á la tierra.

— ¿Pero quiénes sois? — pregunté.

— Somos los Espíritus de la Naturaleza — contestó la primera. — Somos conocidos de vosotros los mortales por muchos nombres.

— ¿En dónde estoy, pues? ¿Por qué no os vemos? — pregunté.

— Estás en la tierra, y sin embargo, no en la tierra — replicó aquel espíritu. — ¿Crees tú que podríamos vivir en vuestro medio ambiente grosero? ¡No! Vosotros vivís en la tierra externa; nosotros en la tierra que no podéis ver; ¿y por qué? Porque sois ciegos.

Y de nuevo la argentina risa conmovió las ondas aéreas de la serena noche.

— ¡Son ciegos, son ciegos!

— Sólo por un momento se te ha concedido la vista — dijo el primer espíritu de la naturaleza; — pero ahora debes volver á la tierra.

— ¡Volver á nuestra sombría tierra después de contemplaros á vosotras, tan puras... tan hermosas! — exclamé.

— ¡Ay! — dijo el espíritu; — hay muchas cosas más puras, más her-

mosas, más exquisitas que nosotras, aun entre vosotros los mortales.

— ¡Ah, sí, aun entre ellos! — suspiraron las demás.

— No conozco ninguna — dije con humana incredulidad.

— ¿No he dicho antes que érais ciegos? — replicó el espíritu. — ¿Qué veis si no es la vestidura externa? Y sin embargo, la hermosura jamás se encuentra ahí. Contempla esta escena: escucha la música de aquel hijo del aire. ¿Tenéis vosotros los mortales algo tan exquisito como estos bosques, como aquel ruiseñor? ¿No? Y sin embargo, esto os pertenece, ¡pero estáis ciego!

— ¡Estáis ciegos, estáis ciegos! — gritaron las otras.

— Pero ¿qué es lo que hay entre nosotros que sea más puro y más hermoso que vosotras? — pregunté siempre incrédulo.

— ¡Mira! — dijo el espíritu de la naturaleza, y tocó mi frente. Formóse una niebla en torno mío que gradualmente se disipó, y ví una madre y en su seno un NIÑO PEQUEÑO.

— ¿Estás satisfecho? — preguntó el espíritu.

— No — contesté. — El niño está tan próximo al cielo...

— ¡Ciego, ciego! — gritó el espíritu. — Te digo que hasta en las más grandes desgracias y miserias de la tierra, puede distinguirse más pureza y más hermosura que toda la que nosotras ostentamos.

— ¡Así es! — suspiraron las demás.

— ¡Vosotras lo decís, pero soy un mortal que no puede creer sin pruebas. Mostradme alguna otra cosa que se encuentre en todas las clases y condiciones de la vida, y entonces os creeré.

— ¡Pruebas! — dijo el espíritu con hondo sarcasmo. — *Prueba* la llamas, pues la tendrás.

— Sí, darle las pruebas que pide; — gritaron las otras.

El espíritu colocó de nuevo su mano en mi frente.

— ¡Mira! — dijo.

Miré, y ante mí ví un río resplandeciente, ancho y terso, cuyas aguas insondables eran claras como el cristal. A primera vista me pareció que las aguas estaban inmóviles, tan claras y tranquilas eran; pero bien pronto conocí que corrían profunda y velozmente. Cerca de mí se deslizaba el río entre orillas cubiertas de verdura, pero á menudo las orillas eran estériles, escarpadas y quebradas; y de vez en cuando una áspera roca levantaba su cabeza en medio de las aguas, pero éstas se deslizaban siempre claras y tranquilas.

Había algo en aquel río que me encantaba, pero no era sólo su hermosura, quizá fuera el correr de sus aguas, rápidas y sin ruido. Parecía que me recordaban algo que yo no podía comprender *del todo*.

—¿Qué es este río?—pregunté al espíritu; y al hablar sentí que era algo más puro que ellos.

Y el espíritu replicó con voz casi triste:

—Las Aguas de Renunciación.

Y entonces comprendí por qué el río era tan puro, tan profundo, tan silencioso.

Miré nuevamente las aguas, y mis ojos siguieron la corriente lejos, muy lejos, hasta que llegó á los antros de los hombres. De repente el río desapareció de mi vista, y me sentí invadido por un sentimiento de desolación. Miré con ansia aguzando mi vista, pero en ninguna parte podía distinguir la cristalina corriente.

* * *

¡Ah! Al seguir mirando distinguí una habitación humana. Era humilde y pobre ¡sí! más pobre quizá que ninguna otra de la ciudad en que estaba. En aquella humildísima morada reinaba el Dolor, y la Muerte exhalaba su aliento sobre ella.

En una de las dos habitaciones hallábase arrodillada una mujer al lado de una cama, y en este tosco lecho yacía una jovencita. Reverentemente incliné mi cabeza; eran una viuda y su hija. Aquellas pequeñas mejillas estaban demacradas, y la llamarada roja que en ellas asomaba decía que la fiebre consumía la inocente vida. La desnudez de la habitación contaba elocuentemente una historia de sufrimientos y necesidades que habían culminado en la enfermedad de la niña.

Con ternura infinita contemplaba la madre su tesoro, al paso que en oración ferviente se elevaba á Dios para que no le fuese arrebatada esta flor. ¡Ay! sabía que no tendría efecto, pues hallábase presente un enemigo peor que la fiebre: el Hambre estaba allí con su horrible semblante y ojos que fulgureaban siniestramente sobre aquella tierna forma. Y su espantosa mirada no se fijaba sólo en la pobre criatura, no, pues también los ojos del flaco espectro cobijaban á la madre. Hacía días que sentía los dardos del hambre; con maternal abnegación se había negado todo á fin de prolongar un poco más la lucha por la vida de su hija. Ahora la contemplaba con el corazón despedazado; con un dolor demasiado profundo para las lágrimas.

— ¡Oh, Dios mío, salva á mi hija! — exclamó con las manos cruzadas y los ojos elevados á lo alto. La plegaria surgía de ella en acentos apasionados, con convulsivos sollozos de agonía; pero el Hambre se sonrió con sonrisa horrible, y la Muerte aproximóse aún más.

— La pequeña cabeza movíase inquieta de un lado á otro, y luego por un momento permaneció inmóvil.

— ¡Madre! — dijo una voz fatigosa al abrirse los azules ojos. —La fiebre consumía aquella débil constitución, pero los ojos lucían más brillantes y hermosos. ¡Madre!.

— Aquí estoy, tesoro mío — replicó ella con ternura inclinándose sobre la cama y besando la ardorosa frente.

— ¡Madre, tengo tanta hambre! — dijo la criatura. — Dame algo que comer.

La madre reprimió el amarguísimo gemido de agonía que luchaba por estallar, y de nuevo comenzó la cabecita á moverse de uno á otro lado.

— ¡Madre! — dijo á poco, y su voz era precipitada y ansiosa. — Mira, madre, ¿no ves esos árboles por allí? ¿Qué son esas criaturas tan lindas, madre? ¡Mira, mira, nos traen de comer! ¡Oh, y qué cosas; leche, huevos, pasteles, frutas, dulces! ¡Mira, madre, leche y pasteles, madre! ¡Ya no tendremos hambre! ¡Ah! La cabecita volvió á caer. ¿Por qué no nos dejan comer? Y un amargo gemido espiró en sus delgados labios.

La madre no habló, pero miró al cielo con una llamada indescriptible. Y entonces á la angustia que me ahogaba sucedió una paz repentina que invadió mi ser, pues en aquel corazón humano contemplé de nuevo las Aguas de Renunciación, y aquella pura corriente deslizábase silenciosa y profunda.

La visión desapareció y me quedé solo.

Otra vez miré en torno mío, y distinguí un parque inglés. El sol brillaba con fuerza, y cada gota de rocío reflejaba su luz, pues era por la mañana. Cerníase en lo alto la alondra, y al elevarse, llenaba los aires de exquisita melodía. Verdes eran las hojas, pues era primavera; las tiernas florecillas se entreabrían á la embalsamada brisa, y la Naturaleza entrera sonreía.

Dos jóvenes paseaban por el parque, y conocí que me hallaba en presencia de algo sagrado é infinitamente hermoso: de la Amistad. Escasamente habían salido de la adolescencia, y sus jóvenes corazones no habían aún aprendido esa sabiduría mundana que mata toda verdad y

sencillez nativas. Caminaban cogidos del brazo, silenciosos y absortos, pero sentíanse alegres como la mañana, pues el AMOR había reciéntemente encendido en sus corazones su ardiente llama. Ninguno de los dos había aún declarado su pasión, ni siquiera el uno al otro; pero cada uno pensaba que era comprendido. Volaba más alta la alondra, y el flujo de su cántico arrobador se hizo más intenso, más melodioso; pero en sus corazones resonaba una melodía más pura, una alegría más profunda.

Y oí que uno de ellos decía:

— Harold — y su acento era quedo y dulce — ¡yo amo!

— Eso no tiene nada de particular; — replicó su amigo soñadoramente.

— Y estoy seguro de que me corresponde — continuó aquél.

— ¡Eso es aún menos sorprendente! — fué la contestación con la sincera adulación de la amistad. — Pero dime, Jorge, ¿quién es el dichoso objeto de tu amor?

— Angela Waldron — dijo acentuando con ternura el adorado nombre.

Pero ¿por qué palideció tan repentinamente el semblante del otro? ¿Por qué traspasó su corazón la angustia, más aguda que el puñal asesino? ¡Ah! *su* amor también lo poseía Angela Waldron, y él, igualmente, creía ser amado por ella. Durante un instante luchó con su emoción; luego estrechó con firmeza la mano de su amigo.

— Jorge, querido amigo — dijo — te deseo felicidad; es un ángel.

— Gracias, Harold, así es — replicó el otro con sencillez, y luego se extendió tiernamente hablando de sus encantos y de las señales que creía haber observado de su afecto.

Y el amor de Harold era verdadero; se alegraba de que Angela hubiese encontrado uno más digno de su amor que él, y se sentía feliz con la dicha de su amigo. Su amigo no llegó á saber nunca su acto de abnegación, pero yo conocía por qué se sentía más atraído hacia él.

Una flor se entreabre sin que lo vea el ojo humano, pero *no* «esparce su perfume en el aire desierto»; su fragancia no se pierde, su hermosura no es vana, sino que la tierra es más rica. El pensamiento amable, el deseo amante, puede que no llegue nunca á oídos del amado; los muchos sacrificios que diariamente se ejecutan, puede que jamás sean conocidos, pero, sin embargo, no permanecen infructuosos. ¡No! Porque conocidos ó desconocidos, sirven á estrechar los lazos que atan el corazón humano al objeto de su amor. Así sucedía en la visión que contemplé.

¡Y he aquí, que donde se hallaba Harold percibí las Aguas de Renunciación, diáfanas, insondables, y miré con reverente temor el curso majestuoso de aquella corriente.

. . . .

Tuve muchas otras visiones. Ví las Aguas de Renunciación en Reyes y en mendigos, en hombres y mujeres de todas clases; más aún, hasta en niños percibí la cristalina corriente. La ví en la tempestad en el mar, en la lucha de los hombres; pero de modo preminente se encontraba en el corazón de aquellos poderosos Maestros, por cuyo gran sacrificio es el mundo rico, en verdad.

Una vez, también, allá en remotos tiempos, ví dos amigos. Mucho más que á su propia vida amábanse ambos. Estalló la guerra, y en medio de la fiera pelea distinguí á estos dos: el uno por tierra, el otro con la daga levantada:

—¡Oh qué cruel es el Deber que me obliga á darte muerte! —dijo el último con pena profunda.

El otro le miró con compasión, y luego replicó:

—Por lo mismo que te amo, te digo ¡mata!

Y la daga descendió; en ambos corazones ví las Aguas de Renunciación, puras, tersas, con corriente profunda y rápida.

Muchas escenas ví: bastantes para demostrarme que donde quiera que había humanidad, hallábase también este Río.

. . . .

Desvanecióse la última visión y me sentí caer. Yo sabía que caía en la tierra, pero ahora no sentía repugnancia en volver. A los espíritus de la Naturaleza no los volví á ver, pero yo sabía que habían dicho la verdad; la Humanidad era más pura, más hermosa que ellos. Pensé en aquellas líneas de Whitman:

En esta ancha tierra nuestra,
en medio de la inconmensurable grandeza y de la escoria,
encerrada y en salvo dentro de su corazón central,
anida la semilla de la Perfección.

Por fin encontreme en el antiguo y familiar ambiente. Era aún de noche, y las estrellas brillaban puras y serenas. Pero en mi corazón había una luz más pura, una serenidad más profunda; pues había visto las Aguas de Renunciación, y aquel que ha contemplado la cristalina corriente se halla para siempre en paz.

HERBERT KITCHIN

UN OFICIO BÚDDHICO EN PARÍS

Creemos agradar á nuestros lectores publicando la traducción de un artículo que con fecha 2 de Julio último apareció en el periódico francés *l'Echo du Public*, en el que da cuenta de una ceremonia buddhista que tuvo lugar en el Museo Guimet. En dicho artículo hallamos una nueva prueba del interés que desde algunos años á esta parte despierta en Francia todo cuanto se refiere á la filosofía búddhica, que cuenta en aquel país con un número cada vez más creciente de adeptos. Hacemos fervientes votos para que la misión del venerable Khanbo-Lama Agouan Dordji produzca abundantes frutos, disipando, en parte al menos, la ignorancia existente respecto á las sublimes enseñanzas de Gautama Buddha. Advertimos á nuestros lectores que publicamos textualmente el artículo en cuestión, sin hacernos solidarios de las inexactitudes que pudiese encerrar en lo que se refiere á los principios fundamentales del Buddhismo y al ritual ortodoxo.

El lunes, á las diez de la mañana, pudieron unos cuantos privilegiados asistir á un oficio de aquellos que muy rara vez tienen lugar en París.

No se trataba de la misa roja, de la que posee el monopolio exclusivo nuestra Sainte Chapelle, ni tampoco de la misa negra, de la que mucho nos han hablado ya Jules Bois y J. K. Huyssmans, pero que nunca hemos visto (1): tratábase de un servicio religioso amarillo. Creo poderlo llamar así sin faltar al debido respeto y sin exageración alguna.

El que oficiaba era, en efecto, un *lama amarillo.* Los hábitos y el altar que le tenían preparados eran de este mismo color, teniendo por objeto esta decoración distinguirle de los *lamas rojos* que... pero no anticipemos.

Hallábase el Khanbo-Lama Agouan Dordji en San Petersburgo cumpliendo una misión, cuando llegó á su conocimiento que en París, en el Museo Guimet, despertaba el Buddhismo gran interés.

---

(1) Por lo cual nos permitimos felicitar cordialmente al articulista. — *Vina.*

Conseguir de los grandes señores rusos cartas de recomendación y presentarse en nuestra capital, fué para él cosa de pocos días. Acompañábale su traductor, M. Buddha Rabdanoff. Mas entendámonos: el señor Buddha Rabdanoff, redactor que fué de un periódico ruso, cuyo título puede interpretarse por *La vida en la frontera del Este*, no conoce una palabra de nuestro idioma. Traduce del mogol al ruso, y precisaba traducir este último idioma al francés. De ello tuvo la amabilidad de encargarse M. J. Deniker, el simpático bibliotecario del Museo de Historia Natural.

Además, M. de Milloué, el erudito conservador del Museo Guimet, con quien se había puesto en el acto el lama en relación, ha estudiado un tanto el lenguaje tibetano, y gracias al conocimiento relativo que posee de ese idioma ingrato, pudo comunicar directamente con su venerable huesped.

* * *

El Khanbo-Lama Agouan Dordji que ostenta el título científico de Lharamba (doctor en teología), es un Mogol Bureta de Trambaikalia, agregado á la persona del Dalai-Lama de Lhâsa. Puede compararse la dignidad de *Khanbo* á la de nuestro cardenalato; la de Dalai á nuestro antiguo papado, porque el hombre investido de aquella dignidad posee á la vez el poder temporal y el espiritual.

Cuenta M. Agouan Dordji unos cuarenta años de edad; es completamente imberbe, de mediana estatura, pero muy ancho de espaldas, como la mayor parte de sus compatriotas. Representa con la mayor pureza el tipo del verdadero mogol. No es su tez absolutamente amarilla como la de los chinos, sino que ofrece más bien el color tostado que se observa en los árabes. Parece muy inteligente y su aspecto muy venerable. Tengamos presente que la palabra *lama* significa *venerable*.

El mogol-siberiano es su idioma materno, pero como hemos dicho, se expresa correctamente en tibetano. Como todos los sacerdotes buddhistas, ha hecho el voto de celibato: las bebidas fermentadas le están prohibidas, y en realidad no debiera hacer uso de carne perteneciente á animal alguno que haya vivido; mas en el Tibet, efecto del clima muy especial de aquella región, limítanse los lamas á abstenerse de pescado, y consienten, por excepción, en alimentarse de carne. Sus bebidas son el agua, la leche y el té: esta última bebida es empleada en toda la Siberia.

Pudo M. de Milloué obtener que el lama celebrase un oficio búddhico

ante cierto número de parisienses: espectáculo bien raro entre nosotros.

En el convento de Lhâsa, donde vive encerrado el Dalai, jamás penetra extranjero alguno; y sabido es que el Príncipe de Orleans sólo pudo conseguir que le permitiesen acercarse á una distancia de 140 kilómetros. Huc y Gabet son los únicos hombres que, gracias á un disfraz, lograron penetrar en Lhâsa el año 1853. Otros, como M. Nicolás Notovich, pretendieron haberlo efectuado; pero interrogado M. Agouan Dordji respecto á este punto, afirmó que la relación del Sr. Notovich es pura fantasía.

Es, por lo tanto, extraño y excepcional el haber podido observar desde tan cerca en la ejecución de sus prácticas religiosas más sagradas á uno de esos hombres, retirados del mundo, y hacia el cual por cierto no hubiésemos podido ir, si él, siguiendo el consejo de su jefe supremo, no hubiese considerado conveniente venir á nosotros.

* * *

Habíase preparado el altar en la biblioteca del Museo Guimet, y estaba orientado hacia Levante, según la regla universalmente reconocida por todas las religiones. Los cristianos han establecido que el sacerdote mire al Oriente; los buddhistas, por el contrario, creyeron conveniente situar hacia esa parte las imágenes de sus dioses, colocadas detrás del altar. De manera que, partiendo de un solo y mismo principio, llegaron ambos cultos á resultados diametralmente opuestos. Además, durante el oficio el lama se sienta sobre un taburete, con las piernas cruzadas, según es costumbre en Oriente, volviendo así la espalda al altar, de suerte que celebrando el oficio mira hacia el mismo lado que nuestros sacerdotes.

Apenas se mueve durante la ceremonia, limitándose á juntar ó extender las manos, ó á inclinar la cabeza. Envuelto en su manto como un Buddha, conviértese de hecho en tal, en cuanto han sonado los platillos. Habla en tono uniforme, poco alto y sin gesticulación alguna.

Muy suntuosas son las ceremonias búddhicas y tibetanas; exigen numerosos oficiantes y coros de música y de canto.

A. DE RICAUDY.



REVISTA DE LA PRENSA

Philadelphia, Buenos Aires, Octubre. — Los trabajos contenidos en el número que tenemos á la vista, siguen aumentando el interés é ilustración de nuestro colega. Véase el sumario: «Discurso del Presidente de la Rama Luz»; «La ciencia esotérica», por Eduardo Schuré; «Fuerza y materia.—La materia radiante», por Jules Lemaitre; «La Ciencia de las Religiones», por Emilio Burnouf»; «Pensamientos», etc.

The Theosophical Review, Londres, Noviembre. — Inserta un artículo de Mr. Glass, «Especulaciones científicas sobre la vida», lleno de conocimientos científicos, en los que tanto abunda su autor. Continúan sus trabajos, Mr. Mead, «Sibilistas y Sibilinos»; Cooper Oakley; «Incidentes de la vida del Conde San Germain»; A Besant, «Problemas Religiosos», del cual empezaremos á publicar una traducción en el número próximo de Sophía; Leadbeatear, «Clarividencia»; Mead, «La Clave de la Verdad», etc., etc.

The Theosophist, Madras, Noviembre. — Sigue publicando las interesantes «Antiguas hojas de un Diario», por H. S. Olcott; «Axiomas Teosóficos ilustrados», por W. A. Mayers; «Indicaciones de Teosofía Cristiana», por Lilian Edger; «Folk-lore bengalí», por Na'kur Chandra Bisvas, y otros importantísimos escritos largos de enumerar.

Revue Théosophique, París, Noviembre. — «Palabra y Pensamiento», por X.; «¿Tienen alma los animales?», por H. P. Blavatsky; «El hombre y sus cuerpos», por A. Besant; «Razas prehistóricas, por el Dr. Pascal, etc., etc.

Otras revistas teosóficas hemos recibido, como *The Arya Bala Bodhini*, de Madras; *Teosophia*, Amsterdan; *Teosofía*, Roma; *The Vâhan*, de Londres; *The Prasnotara*, de Benares; *Rays of Light*, de Ceilán.

También hemos recibido las revistas siguientes: *Nova Lux*, de Roma; *Constancia*, de Buenos Aires; *La Revelación*, de Alicante y *La Unión Espiritista*, de Barcelona.

Agradecemos su atención y aceptamos el cambio con *La Revue Jeune*, de Burdeos.

LIBROS

El Zoroastrianismo á la luz de la Teosofía. — Interesante colección de artículos escogidos entre la literatura teosófica. Compilado por Nasarvanji F. Bilimoria. Bombay.

A la atención del autor que nos ha remitido un ejemplar, debemos el poder dar á nuestros lectores idea de los interesantes trabajos contenidos en este volumen. Si el estudio comparado de todas las religiones es uno de los que deben cultivar con gran atención los teosofistas, encontrarán en esta obra gran número de datos. Para formarse concepto exacto de las materias que contiene, he aquí el índice: El Espíritu de la Religión de Zoroastro. — El Zoroastrianismo á la luz de la Filosofía Oculta. — Las Escrituras. — Zoroastrianismo y Teosofía. — La naturaleza septenaria del Hombre. — El Zravâné Akerne y el Zravâné Daregokhadâté.—El Sol como símbolo de Ahura-Mazda.—Ahunavairya.— El orbe Lunar. — Los Oannes iranios. — Gayomar y Zarathushtra. — El árbol sagrado Haoma. — Evolución. — La Filosofía. — La filosofía y Etica de Zoroastro. — El sistema ético de Zoroastro. — Dios, Hombre y Mediador. — Una última palabra. — Zoroastrianismo caldeo y griego. — El culto al Sol. — El culto al fuego. — Manashni, Gavashni, Kunashni. — Los Mahatmas ó Adeptos. — El último Adepto parsi. — La transmigración del Avesta. — Las ceremonias.

Por todos conceptos es recomendable este libro.

Imp. y Lit. de J. Palacios, Arenal, 27.

GÉNESIS

PROCESO GEOMÉTRICO DE LA EVOLUCIÓN DE TODAS LAS FORMAS

POR

ARTURO SORIA Y MATA

1898

RESUMEN DE LOS ARTÍCULOS PUBLICADOS EN LA REVISTA «SOPHÍA» Y DE OTROS INÉDITOS

Uniendo el principio y el final de este escrito, resulta algo semejante al símbolo

OUROBOROS



Eje principal de simetría y de sexualidad de todas las formas. Serie matemática de todas las unidades posibles, ó sea de las formas hermafroditas ó bisexuales. Cada unidad se subdivide en dos formas macho y hembra, de cuya copulación resulta una nueva unidad, en la cual aparecen cosas nuevas potencialmente contenidas en las unidades anteriores. Cada unidad nueva se subdivide á su vez en otras dos nuevas también, macho y hembra, ó conjugadas.







Eje secundario de simetría de las formas masculinas.



LO RACIONAL

de Hegel, conjunto de todas las ideas existentes por sí mismas aun cuando no haya cerebro que las piense, equivalente al *Logos* ó Verbo de los gnósticos.

Eje secundario de simetría de las formas femeninas.



Lo racional matemático, conjunto de todas las ideas que pueden llegar á ser, por ejemplo, 3+2=5, y que son reales,

EL SER

Lo racional no matemático, por ejemplo, 3+2=8, que no puede llegar á ser,
la nada,

EL NO SER

La copulación incesante del *ser* y del *no ser* engendra

EL ÁTOMO CENTRAL

del universo, término final de la serie matemática representativa de la evolución del mundo inextenso, y primer término de la evolución del universo, esto es, la substancia inteligible contenida en la nada del punto matemático convirtiéndose en esfera de radio sin cesar creciente, y la esfera contrayéndose hasta su centro. Este ritmo del *no ser* al *ser* y recíprocamente, ó sea del punto transformándose en esfera y de la esfera transformándose en punto, es la cosa nueva, la gran incógnita que llamamos

LA FUERZA

EL ESPACIO

término de la serie matemática de las formas, forma masculina de la fuerza, expresión matemática de la creación del universo, serie derivada de la serie de la fuerza.

EL TIEMPO

término de la serie matemática de las formas, forma femenina de la fuerza, expresión matemática de la conservación del universo, serie derivada de la serie de la fuerza y

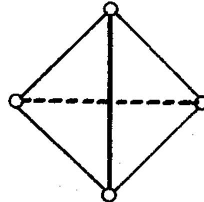
emanando sin cesar del átomo central; esta transformación de las ideas matemáticas en fuerza, esta producción continua de la fuerza es, sin duda, equivalente al flujo de Heráclito.

El conjunto de átomos ó seres vivos elementales que constituye la nebulosa central, se fracciona á medida que aumenta de volumen en nebulosas parciales, y en cada una de éstas se realizan todas las combinaciones posibles de los átomos esferas.

El doble átomo ó arista, combinación más sencilla de dos átomos mantenidos á distancia constante en virtud del equilibrio de la atracción y de la repulsión engendradas por sus ondulaciones.

Copulando dos aristas iguales resulta la forma hermafrodita del

TETRAEDRO REGULAR,



que es el verdadero protoplasma, y como signos abreviados de esta operacion fundamental de la génesis de las formas, aparecen la cruz † y el triángulo .·., abreviaturas que quieren decir que todos los cuerpos están compuestos de tetraedros regulares, y por tanto de triángulos, y que las formas poliédricas nuevas aparecen colocando en cruz determinadas aristas de las anteriores ó más sencillas formas.

Copulando dos tetraedros regulares iguales, resulta la forma hermafrodita del

BETATETRAEDRO,

de la cual salen la forma padre, cubo, y la forma madre, octaedro.

Sea un cubo que tenga por diagonal de sus caras una longitud igual á la arista del tetraedro padre ú origen.

Las formas superiores colocadas en el eje principal de simetría de la creación, son formas hermafroditas que contienen enlazadas las dos sexualidades, y que pueden presentarse indistintamente como machos ó como hembras.

Sea un octaedro que tenga por arista una longitud igual á la arista del tetraedro padre ú origen.

Copulando el cubo y el octaedro de modo que coincidiendo sus centros, las aristas se corten perpendicularmente, en los puntos medios aparece la forma hijo superior del

DODECAEDRO ROMBOIDAL

Copulando dos pentatetraedros de modo que sus aristas se corten perpendicularmente en los puntos medios, resulta la forma hermafrodita del doble pentatetraedro ó

DÉCADA,

de la cual salen la forma macho, dodecaedro, y la forma hembra, icosaedro.

Sea un dodecaedro que tenga por diagonal de los pentágonos caras la arista del cubo anterior, ó sea un dodecaedro engendrado por la copulación de cinco cubos iguales al primero.

Un movimiento alternativo de subdivisión de una forma hermafrodita en dos formas conjugadas y de copulación de estas formas conjugadas, parece ser la causa del progreso indefinido de las formas, ó sea de la incesante aparición de cosas nuevas.

Sea un icosaedro que tenga por arista una longitud igual á la diagonal de las caras del dodecaedro, ó sea á la arista del cubo anterior.

Copulando el dodecaedro y el icosaedro de modo que sus aristas se corten perpendicularmente en sus puntos medios resulta el

TRICONTAEDRO,

poliedro de 30 caras romboidales, síntesis de la pareja cubo-octaedro y de la pareja dodecaedro-icosaedro.

BETATETRAEDRO

12 aristas.

CUBO

12 aristas.

OCTAEDRO

12 aristas.

Copulacion del cubo y del octaedro que engendra dos formas: una masculina, el dodecaedro romboidal, por la union de los vértices exteriores, y otra femenina, no estudiada por la union de los vértices interiores.

Dodecaedro romboidal.		Forma femenina conjugada del dodecaedro romboidal.
24 aristas . . . . . serie de poliedros masculinos de 48 aristas de 96 » de 192 »	**Serie de poliedros específicos, resultantes de nuevas copulaciones,** **de 48 aristas.** **de 96 »** **de 192 »**	24 aristas . . . . . serie de poliedros femeninos de 48 aristas de 96 » de 192 » . . . . .
	La copulacion de cinco tetraedros engendra dos pentatetraedros diferentes, **30 aristas.**	
Pentatetraedro dextrorsum		Pentatetraedro sinistrorsum

Copulacion del pentatetraedro dextrorsum y del pentatetraedro sinistrorsum que engendra el doble pentatetraedro ó década pitagorica, de la cual sale por la union de vértices exteriores la forma masculina del dodecaedro, y por la union de los vértices interiores la forma femenina del icosaedro.

60 aristas

Dodecaedro pentagonal

30 aristas

Icosaedro

30 aristas

Copulacion del dodecaedro y del icosaedro, de modo que se corten en cruz las aristas que engendra dos formas: una masculina por la union de los vértices exteriores, el tricontaedro, y una femenina, no estudiada por la union de los vértices interiores.

120 aristas

Tricontaedro, poliedro de 30 caras romboidales reunidas 3 á 3 en los vértices de las diagonales menores y 5 á 5 en los vértices de las diagonales mayores. Este poliedro es al dodecaedro pentagonal lo que el dodecaedro romboidal es al cubo.

60 aristas

Forma conjugada del tricont dro, que, aunque no estudiada, guramente tiene 60 aristas.

Serie de poliedros masculinos
de 120 aristas
de 240 »
de 480 »
.
.
.
.
.

Serie de poliedros específicos ó hermafroditas resultantes de nuevas copulaciones
de 240 aristas
de 480 »
de 960 »
.
.
.
.
.

Serie de poliedros femeninos d
120 aristas
de 240 »
de 480 »
.
.
.
.
.

Sea un grupo de 7 cubos iguales, uno central ó núcleo y 6 adosados á las caras de éste. Cubo de 2.ª clase de regularidad.

Sea un grupo de 9 octaedros igu les, uno central y 8 adosados á su caras. Octaedro de 2.ª clase de re gularidad.

Copulando el grupo de 7 cubos con el grupo de 9 octaedros, de-

remos

DODECAEDRO ROMBOIDAL DE 2.ª CLASE.

Sea un grupo de 13 dodecaedros iguales, uno central y 12 adosados á sus caras que llamaremos dodecaedro de 2.ª clase de regularidad.

Sea un grupo de 21 icosaedros iguales, uno central y 20 adosados á sus caras, que llamaremos icosaedro de 2.ª clase de regularidad.

Copulando el grupo de 13 dodecaedros con el grupo de 21 icosaedros, de modo que el dodecaedro núcleo y el icosaedro núcleo formen un tricontaedro, resulta una compleja forma poliédrica equilibrada que llamaremos

TRICONTAEDRO ROMBOIDAL DE 2.ª CLASE

Todas las sucesivas y cada vez más complejas trinidades de formas obtenidas por copulación de una forma masculina con un poliedro femenino, por desdoblamiento de una forma hermafrodita colocada en el eje de simetría de la génesis ó creación de las formas en otras dos, así como de las obtenidas por copulación combinada con el adosamiento hasta la saturación geométrica alrededor de un poliedro núcleo, todas conservarán los caracteres geométricos de las formas anteriores ó padres, además de los suyos nuevos que en ellas aparecen: todas reproducen y muestran al observador atento todo el proceso evolutivo anterior, la embriología completa de las formas precedentes. Así, pues, calificaremos las formas todas masculinas de cubos y dodecaedros; las femeninas de octaedros é icosaedros, y las hermafroditas de dodecaedros romboidales y de tricontaedros romboidales, y la serie matemática de las formas tendrá por expresión abreviada las siguientes trinidades:

Cubos de 3.ª clase de regularidad, de 4.ª, 5.ª, 6.ª, 7.ª..... m.ª, ó sea minerales masculinos y especies químicas masculinas.

Octaedros de 3.ª, 4.ª, 5.ª, 6.ª.. m.ª, ó sea minerales femeninos especies químicas femeninas.

Dodecaedros romboidales de 3.ª, [illegible]

ESPECIES QUIMICAS Y MINERALES HERMAFRODITAS

ponderacion equilibrada, que llama-
remos
4.ª. . . . . m.ª, o sea

ESPECIES QUIMICAS Y MINERALES HERMAFRODITAS.

Dodecaedros de 3.ª clase de regularidad, de 4.ª, 5.ª..... m.ª, formas vegetales y animales masculinas.

Icosaedros de 3.ª clase, de 4.ª, 5.ª..... m.ª, formas vegetales y animales femeninas.

Tricontaedros romboidales de 3.ª, 4.ª. . . . . m.ª clase de regularidad, formas hermafroditas o bisexuales

VEGETALES Y ANIMALES

obtenidas en el acto de la copulacion geométrica, operacion consistente en la coincidencia de los dos centros o almas y la perpendicularidad o colocacion en cruz de determinadas aristas.

Dodecaedro de m aristas ú

HOMBRE

Icosaedro de m aristas ó

MUJER

Tricontaedro de 2 m aristas ó

HIJO,

especie de formas nuevas, superior al término medio de las dos formas copuladas.

Sea un espermatozóo poliedro complejísimo, reproducción pantográfica, vértice por vértice, en pequeño tamaño, del poliedro núcleo que por adosamiento de una serie matemática de poliedros produce la forma de un hombre, ó sea la semilla del vegetal semoviente que llamamos hombre.

Sea un óvulo reproducción en pequeña escala del complejísimo icosaedro que llamamos mujer, como el espermatozoo es un dodecaedro complejísimo.

Copulando el dodecaedro espermatozóo con el icosaedro óvulo, resulta el complejísimo tricontaedro, en el que conservándose los caracteres geométricos de las formas padres, aparecen otras nuevas exclusivamente suyas.

De $m + n$ aristas ó genios.

De $m + n$ aristas ó genios.

Raza de los

GENIOS

de 2 ($m + n$) aristas.

De $m + n + p$ aristas ó santos.

De $m + n + p$ aristas ó santas.

Raza de los

SANTOS

de 2 ($m + n + p$) aristas.

De $m + n + p + q$ aristas ó artistas.

De $m + n + p + q$ aristas ó artistas.

ARTISTAS
de 2 ($m+n+p+q$) aristas.

Trinidad ideal superior y límite matemático de todas las trinidades de formas, la más sublime intuición de los gnósticos, de los pitagóricos y quizá también de Zoroastro (Zarathustra).

Dios padre ó **CREADOR**		**Dios madre ó** **VIRGEN**
	Dios hijo ó **CRISTO**	

ÍNDICE DE 1898